

La larga despedida de la Patagonia

Cruzamos de nuevo a Argentina con gran expectativa por sus paisajes y por supuesto, la excelente comida. Nuestro primer destino fue la Península Valdés, a 900 kilómetros al otro lado del país hasta el Atlántico. El propósito: ver orcas en un entorno verdaderamente único.

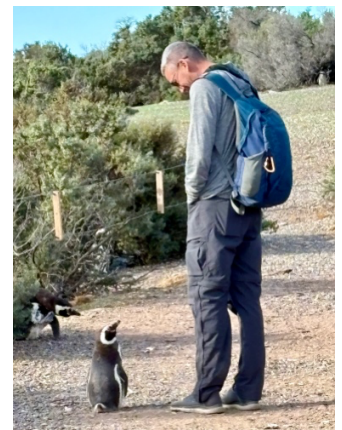
Durante el largo viaje en ferry aprendimos que marzo y abril son los meses en que las orcas están en Valdés realizando el "varamiento", una técnica de caza de alto riesgo en la que se varan para atrapar lobos marinos y luego se arrastran de nuevo al mar.



A medida que el esperado drama de orcas y lobos marinos crecía en nuestras mentes, los dramáticos Andes a los que nos habíamos acostumbrado en Chile desaparecieron. En cuanto cruzamos a Argentina, nos encontramos manejando por inmensas llanuras amarillas sin montañas a la vista.

Hicimos dos paradas para pasar la noche en los pequeños pueblos de Comodoro Rivadavia y Trelew. Casi de inmediato, nos dimos cuenta que los pueblos de Argentina, por pequeños que sean, son muy bien cuidados. Las casas a lo largo de las calles destapadas están bien mantenidas y, en los restaurantes las comidas se preparan con atención.

Por el camino, hicimos una parada rápida en Punta Tombo, donde paseamos entre pingüinos: sin guías, sin restricciones de tiempo, solo nosotros y miles de pingüinos de Magallanes. Nos dijeron que había unas 200.000 parejas, y probablemente no es una exageración. La mayoría de los pingüinos aparecían en parejas, lo que hacía que toda la escena fuera dulce y romántica. No parecía que la gente les molestara, mas bien, tenían curiosidad por nosotros. Imaginamos que eso viene de no tener depredadores terrestres. Curiosamente, en esta zona conviven pingüinos y guanacos. Vimos guanacos pastando junto a pingüinos.





La primera parada en busca de orcas fue Punta Ninfas, un lugar que nos mencionó una pareja de overlanders. Los acantilados caían hacia el Atlántico. Perfecto para montar el campamento con vistas al mar.

Ese día no vimos orcas, pero tuvimos la suerte de presenciar algo inesperado: un avistamiento de una ballena franca austral, una de las pocas ballenas sin aleta dorsal. No era la temporada para esta especie, lo que hacía especial el avistamiento.

Tras una noche increíble de acampada libre, continuamos hacia la propia Península Valdés, alojándonos en el pequeño pueblo de Puerto Pirámides.

La Península Valdés no ofrece más que espacio, distancia y la posibilidad de presenciar algo dramático. Dentro de la península, todo lugar donde se pueden ver orcas requiere largos trayectos de una hora por caminos destapados.

Nuestra paciencia y nuestro deseo de ver al delfín más grande del océano y a uno de los depredadores marinos más poderosos estaban siendo puestos a prueba. Sí, las orcas son delfines, no ballenas. El nombre "ballena asesina" proviene de una mala traducción: cuando los exploradores españoles vieron por primera vez orcas cazando ballenas, las describieron como *asesinas de ballenas*— pero el nombre “ballenas asesinas” se quedó.

Manejamos otra larga hora hasta Caleta Valdés, donde vimos colonias de pingüinos y lobos marinos, pero no hubo orcas. La paciencia forma parte del contrato con la naturaleza. Al día siguiente, hacia la tarde, regresamos a Punta Norte. Nuestra agenda ahora estaba guiada completamente por la marea.

La clave, aprendimos rápidamente, es llegar dos o tres horas antes de la marea alta, cuando las orcas empiezan a acercarse a la orilla, atraídas por la presencia de crías del lobo marino. Nuestro primer avistamiento exitoso fue justo antes del atardecer. Vimos un grupo de seis orcas nadando paralelas a la costa, silenciosas, deliberadas... espeluznante. Patrullaron la zona pero no tenían ganas de comer. Después de observarlas durante más de dos horas mientras atardecía, la marea bajaba y no había caza a la vista, nos fuimos.



A la mañana siguiente, llegamos aproximadamente una hora antes de la marea alta: ¡las orcas seguían ahí! A medida que el agua empezaba a subir, también lo hacía la tensión. Lo que sucedió se sintió casi cinematográfico, ningún director, salvo nuestra imaginación creando un guion basado en nuestras observaciones.

Las orcas giraban justo más allá de la ruptura de la marea, a veces casi invisibles. De repente, una oleada hacia la orilla y un cuerpo que salió parcialmente del agua en una maniobra deliberada de varamiento para atrapar a los cachorros.

Los lobos marinos parecían ajenos al peligro. Algunos observaban a las orcas con inquisición; otros se acercaban a ellas. ¿Tenían curiosidad? ¿Querían jugar? Era crudo e inquietante, pero imposible de dejar de mirar.



Fuimos testigos de cómo se entrenaba una cría: el cazar para las orcas no es solo instinto, es enseñanza. Luego llegó uno de los momentos más difíciles de observar: una orca transportando un lobito marino mar adentro, no para matarlo de inmediato, sino para usarlo como una lección viva. Durante casi dos horas se convirtió en parte de un currículo brutal, con hembras adultas enseñándole a la cría la mecánica de la caza. Finalmente, apareció un macho grande, con su gran aleta dorsal vista sobre el agua, y así, el lobito marino pasó de lección a comida.

¿Cruel? Sí. Pero esta es la naturaleza en su forma más honesta. Mira nuestro vídeo de YouTube sobre el varamiento de las orcas.

Al salir de la península Valdés, asombrados por lo que habíamos presenciado durante dos días intensos, paramos en la Isla de los Pájaros. Se cree que esta pequeña isla inspiró el primer dibujo de El Principito de Antoine de Saint-Exupéry. La isla se parece al famoso dibujo del "sombbrero". Si aún conservas una imaginación infantil, inmediatamente ves a la boa digiriendo un elefante. Mientras nos movemos entre orcas masticando lobos marinos y boas que se tragan elefantes, nos parece apropiado terminar el capítulo de la península con nuestra última comida en Puerto Pirámides.



En un pequeño restaurante, conocimos a la dueña quien nos recordó que viajar es tanto sobre lugares como sobre las personas y sus tradiciones. Habló con nosotros durante casi una hora, compartiendo historias, incluyendo un viaje que hizo a Seattle con su novio noruego, y explicando algo que habíamos estado notando por todas partes: el ritual de la yerba mate. Descubrimos la yerba mate por primera vez en El Calafate durante un crucero frío entre los glaciares. Una familia sentada a nuestro lado lo tomaba en una tasa elegante con un pitillo metálico y nos ofreció un poco. Se lo estaban pasando, todos bebiendo del mismo pitillo. En aquel momento, nos preguntábamos por los hábitos de higiene con respecto a los gérmenes y lo veíamos como un té caliente en una taza única. Luego vimos el mismo ritual en el frío de Ushuaia. Pero más tarde, mientras esperábamos horas a las orcas con un clima caliente, notamos el mismo comportamiento de compartir, incluso con gente extraña.



El mate es un lenguaje social: la misma copa pasada de mano en mano crea un pequeño círculo de conexión. La dueña del restaurante explicó que no se trata tanto de la bebida en sí como del acto de compartirla. Como suele ocurrir, una vez que nos hicimos conscientes de esto, empezamos a notarlo por todas partes: gente llevando termos llenos de agua caliente para el mate, y gasolineras ofreciendo agua caliente gratis para ello. El termo es esencial en Argentina: el mate no es algo por lo que paras, viaja contigo.

No compartió el mate con nosotros, sino consejos de viaje. Sacó varios mapas, le encantaban los mapas, y con ellos nos mostró lugares donde parar en nuestro viaje de regreso hacia el oeste, hacia los Andes.

Volvimos manejando por largos tramos abiertos antes de que el paisaje empezara a cambiar. Cerca de Los Altares, el terreno se elevó de repente en formaciones rojas escarpadas que parecían casi importadas de Utah, puntudas, estratificadas y dramáticas.

Y hablando de Utah, poco después paramos en un lugar legendario: una cabaña asociada con Butch Cassidy y Sundance Kid, bandidos famosos de finales del siglo XIX que huyeron a Argentina tras ser perseguidos por robos de bancos en Utah. Hicimos este pequeño desvío por una razón personal: el Lejano Oeste forma parte de la propia historia de Scott, creciendo en Oklahoma conectado con la cultura de los vaqueros, la tierra abierta y las leyendas de bandidos. Estar allí, en un rincón remoto de la Patagonia, sabiendo que estos bandidos cruzaron una vez por esta parte del mundo, creó un puente entre lugares y orígenes.



El paisaje volvió a cambiar al cruzar los Andes por Esquel, vestido con los colores de otoño de rojos, naranjas y amarillos, que continuaron hasta El Bolsón, un pueblo hippie. Después de algunas caminatas y rutas increíbles con TL entre las coloridas montañas de El Bolsón, decidimos comer en un pequeño restaurante que solo abre un par horas cada noche.

Nos sentamos y el dueño se acercó sin carta. Preguntó qué queríamos para comer. "Hmmm... bueno, ¿qué tienes?" preguntamos. De nuevo, no hay menú. "Tenemos carne, mariscos, pasta..." Y así, de repente, pedimos una comida que no fue planeada por un chef sino creada en el momento. Esta era su manera de ofrecerle a los invitados exactamente lo que querían, como lo querían, sin la estructura de un menú.

Había pasado una cantidad de tiempo en Colombia. Trajo una botella de ron colombiano y un vaso, invitándonos a servir todo lo que quisiéramos... ¡Invitación de la casa!



Y con eso, nos dirigimos al norte, a San Carlos de Bariloche. Bariloche se encuentra junto al lago Nahuel Huapi, uno de los lagos más grandes de la Patagonia. La pequeña ciudad, enmarcada por montañas, nos recibió con cielos azules claros y colores otoñales. Las mañanas empezaron frías, pero por la tarde el sol eliminaba el frío y traía un calor perfecto. Era el tipo de clima que te invita a quedarte por fuera más tiempo de lo previsto, solo una parada más, un mirador más, una curva más... Y ya que estamos en estas, un día más.

Exploramos el famoso Circuito Chico: cada curva revelaba una vista diferente del lago y las montañas; cada curva ofrecía una nueva versión de la ciudad. Subimos en teleférico al Cerro Campanario, y desde la cima todo encajó: lagos esparcidos por el paisaje, algunos conectados y otros metidos entre las montañas.

Pero Bariloche no es solo paisaje, es mucho más que eso.

Nos alojamos justo al lado del lago en un encantador lodge, y lo que empezó como una simple reserva se convirtió en uno de esos raros regalos de viaje que no se olvidan. Habíamos reservado una habitación estándar con jacuzzi, pero de alguna manera nos encontramos en una suite de lujo con sauna privada, ducha de vapor e incluso una pequeña cocina. Cuando nos dimos cuenta del error, hicimos lo que haría cualquier viajero razonable: pedimos quedarnos más tiempo. Y respetaron el mismo precio por una noche adicional, sin hacer preguntas.

Nuestras mañanas en Bariloche comenzaban despacio con un desayuno delicioso, de esos que te invitan a quedarte un poco más, disfrutar de otra taza de café, quizá incluso una mimosa para empezar el día. ¡Y nuestras noches terminaron sabrosas!



Una noche, comimos en lo que quizá sea uno de los lugares más memorables de todo el viaje: una comida privada en una casa del árbol en el "Little Stag". Suspendido sobre el suelo con vistas panorámicas del lago y las montañas al atardecer, se sentía como entrar en una película romántica que no crees que exista en la vida real. Normalmente hay dos mesas para dos parejas, pero esa noche éramos solo nosotros dos. El mesero nos ofreció conectar nuestra propia música, lo cual hicimos. Era íntimo, surreal y simplemente mágico.

Mientras terminábamos el postre, apareció ecuatoriana con su hija, un poco confundida, buscando café. Le explicamos que esto formaba parte del restaurante, lo que requería reserva, y le indicamos en donde estaba la recepción principal.

A la mañana siguiente, en el desayuno, la volvimos a ver, esta vez con un grupo familiar numeroso. Lo que más llamó la atención no fue verla de nuevo, sino la escena en sí: todo el grupo desayunando tranquilamente en pijama, completamente tranquilo, como si fuera lo más natural del mundo. Uno de esos momentos de viaje sin filtros, inesperado, divertido y totalmente digno de una crónica.

Bariloche tiene una merecida reputación de indulgencia dulce, especialmente en lo que respecta a alfajores y chocolates. Un alfajor, en su forma más simple, son dos galletas blandas unidas por dulce de leche, a menudo cubiertas con azúcar en polvo. Pero aquí, "simple" no aplica. Los alfajores de Bariloche son famosos por estar cubiertos de chocolate.

Paseamos de tienda en tienda probando diferentes variantes de chocolates artesanales, trufas y alfajores, dándonos una razón más para quedarnos un día más.

Salir de San Carlos de Bariloche se sentía un poco como cerrar un capítulo que aún no estábamos del todo preparados para terminar. Pero la Patagonia tiene una forma de empujarte hacia adelante, siempre insinuando que algo espectacular te espera tras la siguiente curva.

Nuestro siguiente destino fue San Martín de los Andes, a solo unos 108 kilómetros por la Ruta 40, la ruta más larga del país con 5.224 km que va de norte a sur. Pero la distancia aquí es una métrica engañosa, muy parecida a la caminata de "20 kilómetros" en El Chaltén que se convirtió en 24. Este tramo de carretera, conocido como la

Ruta de los Siete Lagos, no es para ser recorrido rápidamente. Está creado para recorrerlo despacio, con paradas y desvíos frecuentes

Tuvimos suerte en todo lo que importa. Tuvimos cielo azul y colores de perfectos del otoño. La ruta incluye siete lagos principales (Lago Nahuel Huapi, Lago Espejo, Lago Correntoso, Lago Villarino, Lago Falkner, Lago Hermoso y Lago Machónico), pero hay muchos más si tienes la curiosidad y posibilidad que hace especial a Taco Libre.

Cada lago está enmarcado por los Andes, cada uno reflejando una versión ligeramente diferente del cielo. Algunos estaban perfectamente quietos, reflejando las montañas con una precisión casi antinatural; otros tenían el movimiento justo para romper la superficie y dispersar la luz. Cada uno tenía su propio tono de azul, algunos cambiando a verdes y aguamarinas.

Como queríamos tomarlo con calma, y sí, hacer desvíos, no cubrimos toda la ruta en un solo día. Nuestra primera parada en el camino fue Villa La Angostura, un pueblo muy pequeño con pequeñas tiendas, restaurantes invitantes con comidas que transmiten ese sentido de cuidado que hemos notado en toda Argentina. Este también es un buen lugar para señalar otra observación: los argentinos no están pegados a sus teléfonos celulares. En los restaurantes, la gente come y habla, los teléfonos no forman parte de la mesa.



Notamos lo mismo en Punta Norte, durante largos periodos de espera, cuando no había nada más que la espera de las orcas, la gente rara vez estaba con el celular. Hablaban, miraban el horizonte y permanecían presentes en el propio lugar. Un pequeño y llamativo contraste de lo que se ha convertido en un hábito casi automático en otros lugares: una lección que queremos perfeccionar.

Después de una deliciosa comida de pasta en Villa La Angostura, nos desviamos de la Ruta 40 hacia Villa Traful, por un largo camino destapado. Villa Traful se sitúa junto al lago Traful, tan claro que casi parece irreal. Fue aquí donde visitamos el bosque sumergido, un grupo de cipreses bajo el agua.

Se cree que los árboles quedaron sumergidos tras un deslizamiento de tierra provocado por un terremoto en los años 60. Cogimos un pequeño barco para verlo, y en algún momento de ese trayecto, la figura de Francisco Moreno cobró vida. Conocido como "Perito" Moreno, ya que "perito" significa experto en español, desempeñó un papel clave en la definición de las fronteras sur de Argentina, ofreciendo experiencia geográfica durante disputas con Chile. Su trabajo ayudó a moldear el mapa de la Patagonia tal y como existe hoy, por lo que su nombre resuena en toda la región. Terminamos el día en Traful con rutas de senderismo hasta cascadas y pasamos la noche junto al lago.

Y hablando de disputas con Chile, también fue en ese rincón remoto donde tuvimos una de esas conversaciones que se quedan contigo. Conocimos a Hugo "el argentino", un militar retirado, que nos habló de algo que habíamos estado notando por todas partes desde que llegamos a la Patagonia: la frase "Las Malvinas son argentinas." Aparece de forma persistente en carteles, murales y edificios, así como en una réplica de un avión militar Mirage en Bariloche. Para Hugo, no era solo un eslogan, era historia vivida.



Nos habló de la Guerra de las islas Falkans, conocida en Argentina como la Guerra de las Malvinas. En 1982, Argentina y el Reino Unido, con la ayuda de Chile, entraron en guerra por las islas. El conflicto fue breve pero intenso, terminando con el control británico de las islas Falkans. Pero para los argentinos, "las Malvinas hoy y siempre son de Argentina".

Mientras Hugo hablaba, la historia cambió. Su voz transmitía sentimientos, no solo hechos. Nos habló de la pérdida, de los recuerdos de haber asistido al funeral de la madre de un soldado apenas unos meses antes. Décadas después, la emoción seguía ahí. En un momento se le llenaron los ojos de lágrimas y se disculpó por ello.

Nos recordó de nuestra interacción con Humberto, el colombiano desplazado por la guerrilla y que nos dio la bienvenida en su humilde hogar mientras tocaba música. Los lugares guardan historias y, a veces, si tienes suerte, alguien está dispuesto a compartirlas contigo.



Nos reincorporamos a la Ruta 40 y paramos en la magnífica Cascada Ñivinco, donde tienes que atravesar un río: o vas descalzo en el agua helada o esperas que tus botas de senderismo sean lo suficientemente altas para mantener los pies secos. Luego otro desvío a Lago Hermoso antes de llegar a San Martín de los Andes, un pueblo montañoso que se siente tranquilo y divertido al mismo tiempo.

Habíamos planeado quedarnos varias noches, pero la vida viajando, como suele pasar, tenía otros planes. Un corte de luz programado de cuatro horas implicó ajustar nuestros planes. Lo que más llamó la atención no fue la molestia por una mediación programada, sino la respuesta de la dueña del apartamento de alquiler. Sin dudar, ofreció un reembolso completo. No era lo esperado, y desde luego no era necesario para una interrupción tan breve, pero ella entendía lo que significaba para nosotros. En un viaje ya lleno de pequeños actos de bondad, se sintió como un recordatorio más de que la experiencia de un lugar está moldeada tanto por su gente como por sus paisajes.

También seguimos cuestionando la reputación de que los argentinos son arrogantes, groseros y fríos. Con excepción de una agente de aduanas grosera, nuestra experiencia ha sido lo contrario. De sur a norte en la Patagonia, hemos encontrado calor humano, bondad y una conexión humana que no deja de sorprendernos. Tal como se esperaba, la dueña del apartamento de alquiler ofreció una sugerencia: "alójate en Villa Meliquina."

El corte de luz en San Martín nos llevó a uno de los lugares más tranquilos del distrito de los lagos.

Villa Meliquina es remota en el sentido más estricto. Sin señal de celular, sin ruido, sin electricidad central, sin luces por la noche en el pueblo, solo un lago tan claro que parece cristal extendido por la tierra. Las montañas se reflejaban perfectamente en su superficie, duplicando la belleza ante nuestros ojos. Un desvío de la carretera principal nos llevó a un paseo por montañas rocosas esculpidas. Solo tenías que usar la imaginación para ver más allá de las formaciones rocosas y encontrar piezas de ajedrez, castillos, agujas e incluso un tetero.



Nos alojamos en una pequeña cabaña junto al lago, confiando en Starlink para mantenernos conectados lo justo para trabajar, pero por lo demás completamente alejados. Los días eran lentos, las noches llegaban temprano, las comidas se cocinaban en la parrilla, el calor venía de la chimenea y la electricidad del viento y el sol. Durante unos días, los últimos días en la Patagonia, todo fue ventoso, hermoso y sencillo.

Al salir de la Patagonia, parece importante entender el nombre. La palabra viene de los principios del siglo XVI, cuando Fernando de Magallanes llegó a la región. Él y su tripulación se encontraron con los indígenas, los tehuelches, y los describieron como "Patagones", o "gente de pies grandes". Ya fuera por su estatura real, sus huellas o la imaginación de los exploradores que se enfrentaban a lo desconocido, el nombre perduró, como el de las ballenas asesinas



Con el tiempo, la Patagonia llegó a definir no solo un lugar, sino una sensación de inmensidad, distancia, viento y naturaleza cruda.

Mientras avanzábamos por la Patagonia, desde océanos llenos de orcas hasta lagos que reflejan el cielo, desde llanuras vacías hasta bosques que se convertían dorados, quedó claro que la Patagonia no es solo un sitio que visitas, sino es algo que absorbes con cada respiro.

20 de abril del 2026

